

BERNARD MINIER

UNA MALDITA HISTORIA

Traducción del francés de
Dolors Gallart



Título original: *Une putain d'histoire*

Ilustración de la cubierta: Wojciech Zwolinski / Arcángel Imágenes

Copyright © XO Éditions, 2015

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-31-9

Depósito legal: B-88-2019

1ª edición, enero de 2019

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

A los amigos de la infancia

Todos los lectores familiarizados con la geografía norteamericana lo saben: Estados Unidos presenta una particularidad en su topografía según la cual el nombre de Washington está asociado a la vez a la capital federal, situada en la Costa Este (distrito de Columbia), y al estado que constituye el escenario de esta novela y que está situado en el noroeste del país.



Al principio está el miedo.

El miedo a ahogarse.

El miedo a los otros... a los que me detestan, a los que me quieren eliminar.

El miedo a la verdad, también.

Al principio está el miedo

Nunca más volveré a la isla. Aunque la propia Jennifer Lawrence viniera a llamar a mi puerta y me suplicara que regresara, no lo haría.

Más vale que se lo diga de entrada: lo que voy a contarle le parecerá increíble. No es una historia banal, se lo aseguro. No, no. Es una maldita historia. Sí, una maldita historia...

Y ahora presentaré una visión, para ir abriendo boca, por así decirlo: una mano surge del abismo, tendida hacia el cielo, pálida, con los dedos separados, antes de hundirse definitivamente en el agua. El viento del mar brama a mi alrededor, y el oleaje y la lluvia, y me azotan mientras nado alejándome de esa mano espectral... mientras nado, o intento nadar, vapuleado, arrastrado por las olas, con sus depresiones de tres metros y sus crestas espumosas,

hacia la punta de la isla, tosiendo, hipando, tiritando, medio ahogado.

Al principio está el miedo

Otra visión:

... la casa ardiendo y yo delante de rodillas, llorando, chillando como un histérico, y las luces giratorias que incendian la noche a mi alrededor.

Le voy a decir algo más, reconozco que le va a costar creerme. La verdad, no se lo reprocho. Y sin embargo es así como ocurrió.

Así exactamente.

Me observa, sentado en su sillón, con su mirada parda. Es alto, impresionante, y la chaqueta que lleva debe de costar más que mi coche. Acaba de mirar su reloj. No dice nada. No sé qué edad tendrá. ¿Cuarenta y cinco años? ¿Cincuenta...? Es de esa clase de hombres que deben de gustar a las mujeres.

¿Por dónde empiezo?, le digo.

Por el principio, responde. Es lo mejor.

¿De cuánto tiempo dispongo?

De todo el tiempo que necesites, Henry.

Muy bien, digo. No está obligado a creerme, por supuesto.

No dice nada. No deja entrever nada. Este hombre que es mi padre... Tiene razón: volvamos al punto donde empezó todo...

... volvamos al comienzo.

ANTES DEL COMIENZO

Noche de agosto: Ruidos. Tintineos, crujidos, chisporroteos racheados. Después, silbidos muy agudos transportados por el eco de la bahía, un rechinar parecido al que se produce al frotar la superficie de un balón hinchado. Chirridos de frecuencias elevadas. Y el chapoteo del agua, de las olas.

Sentado en el kayak de mar, observo la capa de bruma. Silencio. La luna ilumina las aguas a mi alrededor. Contengo la respiración. Aparece una aleta negra, luego dos, tres, cuatro... hasta once... El corazón me late más deprisa. Los grandes depredadores de piel negra y blanca surgen lentamente y en fila de la bruma, como para emprender una batida; sus aletas redondeadas hienden las aguas que ilumina la luna llena. Hundo el remo, una vez y después otra, despacio, avanzando en dirección a ellos.

Ciertas cosas que hay que saber sobre las orcas

La orca es un superdepredador, el más temible del planeta; no se le conoce ningún enemigo natural; reina en la cumbre de la cadena alimentaria. Es un animal extraordinariamente inteligente. Cada grupo de orcas sedentarias

tiene un lenguaje elaborado, un dialecto complejo diferente de los otros grupos, y es una de las raras especies que enseñan lo que han aprendido a las siguientes generaciones. Las orcas sedentarias poseen un sentido social muy desarrollado.

Y aparte están las orcas nómadas...

Aún más peligrosas, aún más temerarias, recorren los océanos en absoluto silencio y —la mayor parte del tiempo— en solitario. Ellas son las que han dado lugar al sobrenombre de «ballena asesina» para toda su especie. No dudan en atacar a mamíferos marinos de gran tamaño, como focas, leones marinos o marsopas, e incluso los tiburones, y las otras ballenas las temen. Las orcas nómadas, por su parte, no conocen el miedo. Son asesinas perfectas...

La orca es un depredador sin rival, pero raras veces ataca al hombre... salvo en cautividad. Estaría bien que echaran a todos esos turistas, a todos esos barcos que, de junio a octubre, se meten sin ninguna consideración en su territorio —que también es mi territorio—, y dejaran a las orcas tranquilas. Tal como hago yo, silencioso, en esta noche de agosto. En mi kayak. En esta hora en que no hay nadie más que ellas y yo. Me limito a saludarlas, a verlas pasar, a dejarlas vivir, igual que ellas me dejan vivir a mí. Nunca me han importunado. Nunca han querido apartarme de mi vida actual, ni hacerme daño, ni matarme...

¿Por qué algunos hombres son incapaces de hacer lo mismo?

La orca nómada es el más cruel de los mamíferos marinos, pero el hombre nómada es el más cruel de los mamíferos en general.

Es una verdad bien conocida, que yo todavía no había descubierto.



Noche de octubre: Unas olas chocan con el casco. Una garganta carraspea detrás de ella, una garganta masculina. Alza la vista hacia el cielo nocturno. En sus pupilas negras, una bandada de pájaros marinos pasa volando delante de la luna. Una lágrima salada le aflora por el borde del párpado. Tiene la boca abierta y la respiración jadeante; el corazón se le ha subido tan arriba que tiene la impresión de que va a vomitarlo sobre el suelo resbaladizo del barco.

Otra vez ese chirrido metálico a su espalda. Un grito oxidado. Como si estuvieran afilando algo. Una ráfaga de viento en su cabello, entre las mallas de la red.

Imagine su miedo. Aún no tiene diecisiete años. Imagine un miedo tan atroz, si puede. Un miedo tan enorme que le parte a uno los huesos, le hincha el corazón hasta que le parece que le va a estallar en el pecho. Un miedo que tensa y deja los músculos rígidos como cordajes empapados de agua que luego se han secado y endurecido al sol.

La cubierta del barco cabecea bajo el efecto de la marejadilla. Le cuesta mantener el equilibrio, sobre todo con esa pesada red de pesca encima de los hombros y de la cabeza. Nota sus duros nudos a través del pelo, respira su olor a algas, a pescado, a gasoil y a sal que le produce arcadas; no tiene la menor idea de por qué está allí... Sólo siente sobre los hombros el peso de esas cuerdas enmarañadas, húmedas y malolientes, de esas algas semejantes a correas, de esas cadenas de arrastre. Nota cómo pesan y chorrean sobre ella. Y también toda esa lluvia que se abate sobre su cabeza. Quisiera ver más, pero está tan oscuro, tan oscuro...

Sin embargo, él está allí... muy cerca. Un destello atraviesa sus ojos cuando se planta delante de ella y la mira bajo su capucha crepitante. Es sólo cuestión de un segundo, pero allí está, en sus pupilas: lo que la espera. Deja escapar un gemido de terror. Él se agarra a una cornamusa, en el costado de la barca, pero para ella todo son sombras, nubes como guata teñida de negro, un retazo de luna pálida y torcida similar a una uña que araña la noche, árboles negros, orilla negra, viento... y el espacio restringido del

pequeño barco pesquero, peligroso, lleno de ganchos y de aristas oxidadas que ya la han lastimado.

Entre el gran cabrestante y la cabina; en el sitio donde él va a llevar a cabo su repugnante tarea.

—No deberías haber hablado del asunto —dice. Tiene una voz fría, lejana y extraña—. ¿Lo entiendes ahora?

Bascula el peso de un pie a otro, con la mirada fija en ella, que tiembla. La chica tiene la boca abierta, seca, pastosa y, de repente, eructa. Él pasa los brazos alrededor de ella, del magma formado por la red, las cuerdas y los montones de algas que le apresan el cuerpo, como si fuera a invitarla a bailar una giga grotesca, un tango absurdo, y la empuja hacia atrás.

—¡NO!

En ese momento no ve esas imágenes de infancia de las que hablan las películas y las novelas... Está sola. No hay nadie más que ellos dos en esa tenebrosa noche de octubre. Sólo ve la masa oscura y amenazadora del enorme cabrestante que se eleva ante ella, las circunferencias anaranjadas de los flotadores colgados a los lados, y el velo de la red que la sujeta aún al barco, como una línea de flotación, una línea de vida. Al cabo de un instante, él la empuja y ella cae hacia atrás, al vacío. El agua fría y negra la engulle. Abre la boca para respirar, traga agua, tose. Lucha para que el peso de la red no la arrastre, pero las olas la sacuden y la cubren, y después se apartan antes de volver al ataque. El terror y el pánico explotan en su cerebro; chilla, pero traga agua de nuevo y se pone a hipar, con el estómago lleno de mar. El barco acelera y, de pronto, se ve arrastrada en su estela a gran velocidad, zarandeada y baqueteada, girando sobre sí misma como una peonza.

Sus manos buscan a tientas una salida entre la red de arrastre, sus uñas arañan la malla. Su cuerpo se pone rígido en el agua fría, demasiado fría. La asalta el vértigo. Cuanto más acelera él, más se siente succionada hacia el fondo. Un pez bastante grande —un fletán o un salmón— se debate a su lado. La cabeza de la chica se hunde bajo las olas como la boya de una caña de pescar, y después resurge y,

en cada ocasión, aspira con avidez, a grandes bocanadas, el aire marino. Cada vez menos bocanadas, cada vez menos aire... En cuestión de un segundo, en las tinieblas agitadas y saladas, lo ve todo, lo comprende todo; percibe su vida en un relámpago, límpido y luminoso.

Mucho antes de que despunte el día sobre el mar, ya está muerta.

Sus ojos se han abierto como los de una muñeca y su piel ha adquirido el color blanco y reluciente de la carne de pescado entre las mallas.

Así es, al menos, como debió de ocurrir; así es como yo la veo...

UNO

EL FERRI

El 22 de octubre de 2013, hacia las seis menos cuarto de la tarde (era casi de noche ya), me dijo:

—Henry, quiero que lo dejemos por un tiempo.

Fue entonces, sin duda, cuando se decidió todo. En un análisis posterior, son esos momentos los que se retienen siempre. Son como jalones de nuestra existencia, como faros a lo largo de la costa. En todo caso fue entonces cuando la perdí, tanto en el sentido propio como figurado.

Supongo que es bastante lógico empezar esta historia a bordo de un ferri, ¿no? Viví siete años en una isla boscosa situada frente a Seattle, y no pasa ni un día en que no piense en ella. ¿El lugar? En algún punto entre Anacortes, en la costa noroeste del Pacífico, y la isla de Glass, a bordo del *Elwha*. ¿El momento? Una noche tumultuosa, una noche llena de furor y tinieblas: una auténtica noche de temporal.

Esa noche recuerdo que hacía un frío glacial. En las islas llovía a cántaros y más allá de las luces del ferri, en la oscuridad, se oía bramar el mar como una fiera perpetuamente hambrienta e irritada. A causa del estruendo infernal de los ocho mil caballos de vapor y del aullido de las rachas de viento en nuestros oídos, ella había elevado la voz. Yo hice lo mismo.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

Ella parpadeó, bajó la vista y volvió a levantarla.

—Ya sé que tendría que haberte hablado antes de esto, pero...

—¿Hablar de qué? —dije—. ¿Hablar de qué, Naomi?

Con aquel maldito jaleo, no tenía más remedio que gritar para que me oyera.

El ferri cabeceaba, obligándonos a oscilar con él. Nos encontrábamos en la cubierta inferior abierta a los cuatro vientos, cerca de los coches, mientras los otros pasajeros estaban tranquilamente sentados arriba, cómodamente, en las cubiertas superiores cerradas, contándose cómo había sido su día.

Fue Naomi quien insistió en que bajáramos allí. Como si no quisiera que nos vieran juntos.

—Henry, quiero que lo dejemos. Que hagamos una pausa... durante un tiempo... El tiempo suficiente para ver las cosas más claras. Ha ocurrido algo. Necesito pensar... Necesito... comprender.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¿Comprender qué?

Yo, por mi parte, no comprendía nada. El viento levantó el pequeño mechón moreno que le asomaba por la capucha. Alzó la vista y la posó en mí.

—Henry, he descubierto la verdad.

Clavó la mirada en la mía. Naomi tiene —tenía— unos ojos de color amatista, con matices de nomeolvides y lapislázuli, un círculo más oscuro, casi negro, alrededor del iris, y una córnea opalina: ojos de gato.

—¿Qué verdad? —pregunté.

Sentí vértigo. La cabeza empezó a darme vueltas.

—He descubierto quién eres.

Sí. Así fue como empezó todo esto.

Una separación, como las hay a millones cada año, en una época en que todo el mundo quiere la felicidad sin pagar el precio. Ese otoño teníamos dieciséis años.

—¿Quién soy? Pero ¿de qué demonios estás hablando? Esta vez no respondió.

—¿A qué vienen tantos misterios? ¿Por qué no me mandas ya mensajes? ¿Por qué me rehúyes? ¿Qué está pasando, Nao?

Noté cómo se me retorcían las tripas. Llevaba ya una semana sintiendo que se me encogía el corazón al despertar cada mañana y contemplar la pantalla vacía de mi teléfono.

Ningún mensaje...

Cada vez, la constatación me provocaba náuseas. Hasta hacía apenas unos días, no pasaba una mañana sin que encontrara un mensaje breve y cariñoso al despertar. Unas cuantas palabras tan sólo con las que ambos expresábamos la hondura de nuestros sentimientos. Yo le enviaba también uno cada noche, antes de dormirme.

El del día anterior había sido un poco grandilocuente. Decía: «Nada nos separará nunca. Te quiero. Te querré siempre.»

Sé lo que es una ruptura.

He visto a Josh Landis muy pálido, a punto de echarse a llorar, al fondo de ese pub de mala muerte, cuando Casey Hinshaw le anunció que habían terminado. He visto a Tess Parsons, una chica estupenda, destrozada durante semanas cuando esa cerda de Shanna McFaden difundió un vídeo en el que se veía a Danny Lovasz —el ex novio de Tess— jurando por todos los dioses que Tess no significaba nada para él. Sé lo que es una ruptura.

Pero eso no podía pasarme a mí, ni a Naomi.

No podía pasarnos a nosotros. Lo nuestro era para toda la vida. «HMNS: Hasta que la Muerte Nos Separe»; ése era nuestro mantra.

Ya sé qué está pensando: dieciséis años...

¿Y qué? Hay personas que se conocen a esa edad y que siguen juntas toda la vida. La miré. Tenía un aire triste esa noche, infinitamente triste. ¿De dónde provenía esa tristeza? ¿De mí? ¿De otro? Las preguntas chocaban en mi cráneo igual que las olas contra el casco del ferri. Era mi chica, la muchacha a la que amaba, con la que quería pasar el resto de mi vida. Joder, era como si un cangrejo de Dunge-ness me devorara las entrañas.

—Pero ¡¿vas a decirme qué mierda pasa? ¿Qué he hecho? ¿Has conocido a alguien, es eso?!

Sin querer, me había puesto a gritar más fuerte.

Ella me miró fijamente y, por primera vez, sentí que entre nosotros se había abierto un verdadero abismo, una brecha de años luz. Nosotros, que estábamos tan unidos hasta hacía apenas unas semanas. Y tan alejados ahora.

—Naomi...

Tendí la mano hacia ella.

La cogí con suavidad de la muñeca.

—¡Suéltame!

Sentí una conmoción. Ella había apartado bruscamen- te el brazo, como si hubiera metido los dedos en un enchufe, como si le repugnara mi contacto. Y además retrocedió.

Dio un paso atrás.

Después dos.

Y de repente se echó a llorar.

—¡¿Es que no ves lo que pasa?! —chilló, con las mejillas mojadas, sin dejar de retroceder—. ¿No veis lo que os está haciendo esta isla, a tus amigos y a ti? ¿No ves cómo va a acabar todo esto?

No entendía de qué diablos hablaba.

—¿Que cómo va a acabar todo? ¿A mis... amigos y a mí? —repetí desconcertado—. Pero ¿de qué estás hablando?

Di un paso hacia ella y ella dio uno hacia atrás.

Di otro.

Ella retrocedió otro más.

Parecía una danza, una danza peligrosa, una danza siniestra y amarga.

Habíamos abandonado la protección de las cubiertas superiores del centro del navío y la lluvia helada nos caía encima, martilleándonos el cráneo, goteándome por la nuca, bajo el cuello de la camisa, pero no le presté la menor atención.

—Naomi —repetí con dulzura.

Avancé.

Ella retrocedió.

—No te acerques...

Se topó con la barandilla en el lugar en que ésta es peligrosamente baja: cerca de la proa, donde sólo una cade-

na impide que alguien pueda caer al agitado oleaje, y con ello se vio obligada a detenerse.

—Te recuerdo que también son tus amigos —dije—. ¿Acaso no hemos sido siempre los mejores amigos del mundo? Creía que éramos una familia. «Mi semejante, mi hermano», ¿te acuerdas?

Ella negó con la cabeza con un gesto de asco.

—Vete. —Sollozó—. Por favor, vete.

Ahora había algo distinto en su voz. Tenía miedo. Miedo de mí. ¿Cómo... cómo podía ser?

—Naomi...

—Por favor, Henry.

Tartamudeaba, con las lágrimas —o las gotas de lluvia— rodándole por las mejillas. El mar rugía, hambriento, a su espalda. Al chocar con la proa, sus crestas blancas estallaban en géiseres tan altos como casas, a cinco metros de nosotros, y las nubes de espuma nos salpicaban la cara de forma intermitente.

La agarré por las muñecas.

—¡Suéltame, joder!

Había gritado y con tono hostil. Eso me cabreó.

Hice un gesto.

Un gesto de más.

La sacudí como un árbol para hacerla entrar en razón. Allí, en la parte de delante, contra la barandilla... a unos centímetros del vacío. Parece de locos, ya lo sé. Ella chilló. Se resistió. Como una histérica. Era como si estuviera aterrizada. Debió de creer que iba a arrojarla por la borda. ¿Cómo pudo pensar algo así? ¿Cómo pudo imaginar ni por un instante que yo fuera capaz de eso? Creo que es lo que más me duele todavía hoy.

Me empujó con todas sus fuerzas y yo resbalé. Caí de culo sobre la cubierta inundada.

Una nueva nube de espuma la barrió a ella y me roció a mí. Por un instante, cuando logró zafarse, basculó hacia atrás y vi, horrorizado, cómo oscilaba sobre el vacío, la capucha de repente bajada por el viento, el pelo danzando en el aire, los ojos desorbitados de terror, sobre un telón

de fondo de hondonadas y colinas de agua negra festoneadas de espuma.

—¡Eh! —berreó un empleado, al tiempo que bajaba los escalones. Debía de habernos visto por la ventana del puente de mando o bien por las cámaras de vigilancia—. ¿Qué hacéis ahí?

Pero ella consiguió recuperar el equilibrio in extremis con un movimiento de cadera y aprovechó entonces para esfumarse por la escalera que conducía a las cubiertas superiores.

—¡Naomi!

Me lancé tras ella, pero ya había desaparecido escalera arriba y el tipo me retuvo por la manga.

—¡Sube a la cubierta! —vociferó—. ¿Eres un inconsciente o qué? ¿No te das cuenta del peligro?

Oh, sí, me daba perfecta cuenta.

Subí los escalones de cuatro en cuatro, lanzando una mirada distraída a la cámara suspendida del techo, que filmaba la totalidad de esa estrecha escalera.

Busqué a Naomi por todas partes. En todas las cubiertas cerradas, entre la multitud de pasajeros sentados en torno a las mesas o en las hileras de sillones de delante, entre los que estaban de pie junto a la barra, los que entraban y salían de los lavabos, entre los otros alumnos del instituto, e incluso fuera, en las cubiertas abiertas... Allí donde no había ni un alma en una noche semejante y donde el viento aullaba todavía más fuerte.

Ni rastro de Naomi...

Por ninguna parte.

Volví a nuestra mesa, con la cara mojada y la ropa y el pelo empapados. Charlie, que fue el primero en verme, abrió los ojos como platos.

—¡Joder, Henry! ¡Estás chorreando! ¿Y Naomi?

—No la encuentro —dije.

Kayla y Johnny levantaron la vista de sus smartphones.

—¿Cómo? Pero si estabais juntos, os hemos visto bajar...

—Hemos pensado que igual teníais ganas de montároslo en el coche —sugirió Johnny, sonriendo.

No hice el menor comentario.

—¿Qué pasa, Henry? —preguntó Charlie al percatarse de que estaba descompuesto.

—No sé dónde se ha metido... La he buscado por todas partes... No la encuentro.

—Pero si estabais juntos.

—Lo sé... Lo sé...

—Vale.

Se levantó y lanzó una mirada a los otros dos.

—Vosotros quedaos aquí. Si Naomi aparece, nos llamáis. Nosotros vamos a buscarla.

Nos repartimos la tarea; volvimos a pasar por todos los sitios donde yo ya había mirado.

Un flash repentino en mi memoria: vuelvo a verme recorriendo los pasillos y las salas, escrutando las caras, observando las siluetas, y un par de detalles me llaman la atención. Por ejemplo, la presencia a bordo de Jack Taggart. Está sentado al fondo, a la última mesa antes de la puerta que da a la parte de atrás del barco y, aunque sea hora punta, tiene la mesa para él solo. Todos los pasajeros, o casi todos, conocen a Jack Taggart y a nadie le apetece hacer la travesía con él. Taggart vive solo en pleno bosque, en el lado más inhóspito de la isla, al pie de Mount Gardner, la montaña más alta de la isla de Glass, que mide dos mil cuatrocientos ocho pies, lo que equivale a setecientos treinta y tres metros. Tiene fama de ser un mal tipo y, en algunos casos, la fama es merecida, créame. Esa tarde está haciendo un rompecabezas. En los ferris siempre hay rompecabezas.

—Debe de haberse encerrado en los lavabos de mujeres —sugirió Charlie—. ¿Has mirado en los lavabos de mujeres?

—Por supuesto que no.

—Entonces está allí.

Su seguridad era contagiosa. Charlie es una persona que raras veces duda, salvo en lo concerniente a las chicas. Surca la vida con todas las velas desplegadas.

—Habéis discutido, ¿verdad? —preguntó, poniéndome una mano en el hombro.

Por una fracción de segundo, en su mirada percibí algo más que compasión: también interés y curiosidad.

Asentí con la cabeza.

Me agarró del brazo y me condujo hasta nuestra mesa.

—¿La habéis encontrado? —preguntó Kayla.

Con un gesto, Charlie le indicó que se olvidara del asunto.

—Habrá encontrado a alguien que la acompañe —apuntó Charlie a mi lado unos minutos más tarde, con la cara iluminada por las luces traseras del coche de delante y por las del salpicadero.

Yo estaba sentado al volante, en la penumbra de las cubiertas inferiores. Me sentía monstruosamente abatido. Sabía que Charlie tenía razón. En el *Elwha* (un nombre indio de la tribu chinook, que significa «alce» o «wapití») cabían más de mil personas y ciento cuarenta y cuatro coches. Eso es mucha gente. Era posible que Naomi nos hubiera evitado y hubiera encontrado refugio en el vehículo de cualquier otro alumno del instituto, ya fuera chica o chico.

Unas sirenas resonaron en las entrañas del navío; unas luces giratorias comenzaron a dar vueltas, lanzando un fulgor anaranjado sobre las lunas. Puse en marcha el limpiaparabrisas y arrancamos en fila india hacia el resplandor difuminado de East Harbor, mientras los empleados, con chalecos amarillos, agitaban sus linternas fluorescentes.